

# ¿Dinero o Dios?

Por E. Armstrong

¿Quién recuerda a Dios en estos días? Actuamos como si no lo necesitáramos y vivimos para lo que pensamos que nos podría hacer brillar, para lo que creemos que nos iluminará la vida. Y como si nada más que la persona existiera, nos parece impensable que Dios pudiera verse afectado por lo que hacemos o por lo que dejamos de hacer. Además ¿a quién le interesan los sentimientos de quien no puede ver? Ya que, a Dios no lo vemos y además, le asignamos poseer el acceso a disfrutar a voluntad todo lo posible de soñar o desear; así parece no necesitar de nada, y sería un absurdo impensable destinarle nuestro tiempo; menos aún detenernos a pensar en los sentimientos de Dios, o que podría verse afectado por lo que le ocurre a un simple mortal, todo esto nos parece un sin sentido. Es justamente hacia donde nos dirigiremos ahora, pero no para buscar respuestas si no que para encontrarnos con esas preguntas cuyas respuestas esperan por quienes acepten escucharlas o verlas en su interior, luego de haberse interesado en buscarlas.

La relación entre el dinero y Dios puede parecer irracional a unos, pero lamentablemente es racional y nos afecta a todos. El dinero representa la mayor expresión del poder en este mundo, y el nivel de tus poderes es el reflejo de cuanto te quieres, como el nivel de tu Amor es el reflejo de cuanto quieres a los demás. Nos dijeron que es posible, o, al menos, no imposible, conciliar el aprecio por la riqueza y el dinero, con el amor a Dios; pero hoy en mi vejez, realmente no creo lo que me dijeron en mi juventud. El poder es lo opuesto del Amor, y pretender conciliar lo que se contradice no tiene lógica ni sentido alguno. Conciliar vivir para el egoísmo con la vida para servir a los demás, tampoco parece tener sentido. No se trata del bien y del mal, ni de juzgar a nadie, intento simplemente mostrar contradicciones vitales, que pueden afectar nuestro discernimiento, y en ello, llegar a creer que podemos negociar con Dios para que nos acepte como nosotros queremos con lo que

nosotros queremos disfrutar o no dejar de hacerlo. El dinero es un poder humano, como muchos otros medios que significan acceso a otros poderes, y, como tal, como cualquier poder, es un instrumento que podemos utilizar y aprovechar de muy buenas maneras. Pero la relación entre Dios y el dinero no existe, ya que sería como pretender relacionar al Amor, al no poder, al vacío del poder, con el poder. El Amor no solo se enfrenta al poder, se enfrenta a todo, ya que nos propone desprendernos de lo que apreciamos para ofrecerlo a quien puede necesitarlo mas.

Pero aún parece haber creyentes que sostienen su necesidad fundamental de Dios y lo que representa para sus vidas, ya que, sin Dios no hay Amor, en cuya ausencia inevitablemente reincidiremos en nuestros errores al ser incapaces de trascender los intereses personales e individuales que rigen a nuestros deseos, emociones y pensamientos. Pero, ante esta relación de nuestra dependencia planteada por la fe, ¿no sería también apropiado intentar comprender nuestra realidad personal desde otro punto de vista? Ya que, es probable que exista mucho mas que esa visión utilitaria.

No todos los caminos llevan al mismo destino. En otras palabras, cada forma de preguntarnos conduce a respuestas que pueden ser variadas y en ocasiones, muy diferentes. Se nos dice que Dios es omnipotente y todopoderoso, el Señor de lo creado que rige los tiempos y los espacios a voluntad. Que todo lo sabe, todo lo puede, con una providencia que además es infinita. Y la lista de sus cualidades parece no tener fin. Ante semejante ser perfecto, podemos imaginar que si puede tenerlo todo, entonces parece lógico concluir que nada necesita. Además, eso sería indigno y absurdo, o en el extremo, una contradicción imposible o inaceptable, ya que, si todo lo tiene no tendría para qué complicarse Su propia existencia. Quien vive en paz no debiera buscar interrumpirla, eso podría parecer un sin sentido.

Lo anterior es aceptado, pero en ello hay un pequeño inconveniente: nos plantea una visión humana de Dios. Lo cual no tiene nada de malo, pero si somos creaturas también somos limitados, luego, ¿donde terminan las revelaciones y se inician nuestras limitaciones? Sin poner en duda los postulados de nuestra Fe, ¿habrán algunas interpretaciones que podrían revisarse para evitar posibles limitaciones a lo que por su naturaleza es ilimitado? En otras palabras y sin contradecir los postulados señalados por la fe católica, ¿sería posible que la realidad imaginaria de Dios fuera menos griega y mas centrada en lo que Cristo y el Amor nos enseñan? Estamos demasiado acostumbrados a ponerle definiciones y límites a todo, lo

necesitamos para hacernos ideas mentales, abstracciones a las cuales ponemos formas que podamos encasillar y manejar mentalmente, pero la realidad en que vivimos, y, al menos la del Amor, nos demuestra como lo trascendente supera a cualquier límite conocido o previsto. Es frecuente en la vida de todo ser humano ir viendo como en múltiples ocasiones es posible que lo que antes se creyó seguro y establecido, luego deje de serlo.

En otro aspecto, el Amor permite no solo salirnos e ir mas allá de nosotros mismos, además nos empuja y conduce a mostrarnos realidades nunca antes esperadas, soñadas ni imaginadas. Prever los efectos finales de cualquier acto de Amor es realmente imposible para nosotros, demostrando que cuando aceptamos llamar al Amor siempre hacemos un acto de fe, un salto hacia lo incierto para quien Ama de verdad. Amar nos expone y nos aleja de nuestro confort cotidiano, para invitarnos a buscar lo que no nos ofrece certezas mas allá del bien buscado para el otro. En cambio, para el ser amado lo recibido con Amor es muy concreto y preciso.

Por otro lado, si la riqueza del Amor no es plenamente perceptible y podemos apreciar solamente aspectos puntuales o parte de sus efectos, interpretar una realidad divina debiera ser infinitamente mas complejo. Pero es en el Amor donde podemos observar no pocos fenómenos que pertenecen a ambas realidades, la humana y la divina, y, de este modo, podría ser posible iluminar aspectos que pueden ayudarnos a comprender mejor la realidad de Dios. Al menos, en lo que respecta el hecho de que pudiera existir una necesidad mutua de Amor, entre Dios y los seres humanos. Lo anterior contradice frontalmente el postulado de que Dios no necesita nada, el cual por supuesto no comparto, ya que contradice lo que el mismo Amor en su esencia y génesis postula. Esto es parte de lo que abordaremos a continuación, porque es posible que permita clarificar un poco mas lo que se pierden quienes dedican su tiempo al dinero, los placeres y poderes, en desmedro de servir al Amor que llevan dentro.

Comencemos entonces: lo primero que podría ayudar es preguntarnos, ¿cuál es la mayor manifestación de Amor que podemos reconocer en Dios? Inequívocamente es una: hacerse Hijo, para vivir con nosotros y enseñarnos como un humano, a costo de ser torturado y asesinado por intentar mostrarnos el camino de nuestra salvación por medio de permitirnos el acceso a compartir Su Amor, el cual ya tenemos. Sin embargo, ¿salvarnos de quién? La poco reconocida respuesta es tan dolorosa como probable: de nosotros mismos.

En el proceso de la vida de Cristo, Dios se nos muestra con todo su Amor y apreciamos sus mayores poderes en acción, pero ellos no se asemejan en nada a nuestras conocidas expresiones de afecto, y su poder tampoco se expresa en las formas que habitualmente reconocemos. En cierto modo, Su Amor pareciera operar de forma inversa a los afectos humanos, y Su poder mas se parece a lo opuesto del poder: la negación de toda forma de presión o fuerza, el vacío de poder. Quien tiene sentimientos tiene necesidades, y no hay sentimiento mayor que actuar con Amor, lo que implica que podemos ver los efectos de su ausencia o presencia en quienes fueron los afectados o los beneficiados. Amar es la mayor expresión de sentimientos que conoce la Existencia.

Regresando a nuestra línea anterior, intento mostrar aspectos en que podemos ver como las características que generalmente le asignamos a Dios y descritas en el primer párrafo, no las vemos en Cristo. Aún cuando la fe cristiana señala que Dios también es Cristo, ¿estaremos ante una contradicción o es necesario profundizar mas? Porque, si la esencia de Cristo es la de Dios, y esta únicamente es posible verla a plenitud en la Cruz, donde el Amor encarnado demostró no poner límite a su Fe en el Padre, en el único y verdadero Amor, sufriendo el precio mas alto que un ser vivo puede llegar a pagar, parece que el sentido o significado de las facultades asignadas a Dios no es único, ni tampoco reducible a infundadas generalizaciones; ya que, para un ser superior, lo que para los humanos nos parece superior, podría no serlo. Por ejemplo, cuando para el humano la omnipotencia, la providencia o el ser todopoderoso, implica lo máximo, podríamos estar olvidando a lo principal, aquello que supera todo lo anterior, y lo cual si es la prioridad superior para Dios. En otras palabras, ser Dios no se reduce al conjunto de facultades que le reconocemos, ya que estas se subordinan a lo que para Dios es de interés superior. Por ejemplo, alcanzar la perfección es posible únicamente al sobreponer a todo el Amor; a todo, sin excepción ni condición alguna.

Es el Amor lo nos que abre las puertas de la Existencia, nada mas y nada menos. Pero el Amor es indivisible, por lo tanto al no tener medida pertenece al orden superior de la Existencia, a lo que es eterno e infinito. En otras palabras, para nosotros la perfección de Dios es posible de ver en Su Amor, y no en sus poderes o facultades. Sin embargo, el Amor tiene su costo, quizás el precio mas alto de todo, luego, si Dios ha creado el Amor, es en el Amor que podemos reconocerlo a plenitud. Todo precio o costo implica un riesgo, enfrentar diversos intereses, y la posibilidad de sufrir el desprecio

haciéndonos de alguna forma mas vulnerables, pero estas no son las características del Dios que muchos muestran. Habiendo una excepción, es en Cristo en quien si vemos estas condiciones, las que son llevadas a los límites de lo inhumano.

Si Dios es Amor y las expresiones de Amor hacen vulnerable a quien las manifiesta, ¿sería posible que Dios fuera vulnerable? O, en otras palabras, ¿será posible que Dios pueda hacerse vulnerable para favorecer a sus criaturas? Hay quienes sostienen que Dios no puede sentir dolor ni sufrir, porque no es humano y su condición de omnipotencia lo impediría. Pero esa tesis está enfrentada con la definición de Amor, por lo que hay algo que sí es seguro: necesitamos ser prudentes al hablar, describir o calificar a Dios, ya que existe la posibilidad de que sus padecimientos y sufrimientos por causa de nuestra ausencia de reciprocidad ante Su Amor y todo lo que tenemos, sean infinitos. Es cierto que, por definición, Amar no pide ni exige reciprosidad, lo cual plantea una distancia infinita del amar, el querer o de los afectos humanos que tanto valoramos y apreciamos (si te interesa este tema, puedes leer el ensayo adjunto *El amor y el Amor*).

Dios lo ha dado todo, por lo cual lo que nos puede faltar hoy ciertamente no obedece a Su voluntad, ni es Él su causa, sin embargo, aún en tales condiciones o en la precariedad, la vida de ncada persona dispone de todo lo necesario para permitirle cambiar las circunstancias que le afectan al darle un sentido trascendente, mas allá de lo inmediato, a sus respuestas y reacciones. No es sencillo de aceptar, muchas veces quisiéramos otra respuesta o vivir una realidad diferente, quizás olvidar, pero la verdad es que ante la dificultad necesitamos trascender las limitaciones y padecimientos del momento. Para que el tiempo pueda sanar muchas de las heridas recibidas, es necesario que nosotros abramos las puertas de la esperanza y cerremos las de la desesperanza; es necesario que el optimismo nunca se pierda, y esto es posible cuando centramos nuestros sentimientos en acciones de Amor, de entrega por y para quienes están padeciendo mas.

El Amor está siempre con cada uno de nosotros y depende de la misma persona llamarlo o invocarlo para que se haga presencia y realidad en quien sea su destinatario y depositario. Pero, si gracias a Dios ya poseemos la mayor fuerza y energía transformadora que toda la Existencia reconoce, y no la utilizamos porque la despreciamos ante otras valiosas preferencias menores y pasajeras, las que pueden no conducirnos hacia nuestra propia felicidad, ¿crees que Dios puede estar en paz y tranquilo, mientras ve lo que hacemos con las libertades y poderes que a tan alto precio nos fueron

entregadas? ¿No crees que en cada acto de Amor nuestro, Dios no recibe al menos una pequeña satisfacción? Un Amor es un momento de alegría y regocijo, un instante de felicidad cuyo valor es y será eterno. Luego, si realmente podemos dar nosotros una pequeña alegría a Dios, ¿no sería posible el mutuo agradecimiento? No sabremos ahora si Dios nos necesita, ni cuanto, al menos desde esta vida, pero puedo asegurarte que todo lo que podamos hacer por Dios no pagará nuestra deuda por el precio ya pagado por Él para que esto fuera posible.

No he buscado entregarte certezas acerca de Dios, lo que realmente quisiera es que te aceptes y permitas entrar en ti a las insertas y dudas que te abrirán las puertas de la inteligencia, para que finalmente tu accedas a lo realmente seguro, a lo que supera todo y a todos.

El sufrimiento de un niño desvalido nos conmueve, pero el de quien siendo todopoderoso lo ha dado todo sin esperar nada a cambio, nos transforma. Si no soy yo nadie para hablar de Dios, menos aún para hacerlo sobre el sufrimiento de Dios, simplemente quisiera dejar en ti la interrogante y que recuerdes que en Fátima se hizo expresa alusión a esta realidad. Lo importante eres tu, lo que decidas y hagas en función de lo que prefieras como mayor sentido para tu vida actual. Lo demás, será consecuencia. Y no olvides que cuando ya no podamos regresar y podamos apreciar la realidad de lo ocurrido, nuestro consuelo podría ser sentir algo tan simple como, que a todos nos ocurrió igual.

Somos creaturas, por lo que necesitamos sentirnos apreciados y si es posible, importantes, y por esto el dinero y los poderes nos atraen, distraen y encandilan. Además, la inseguridad y los temores son la compañía fiel de nuestros pensamientos, por lo que frecuentemente prestamos mas atención a lo que creemos seguro por ser visible o proporcionar resultados mas inmediatos. Aspiramos a la autosuficiencia e independencia, olvidando que son ilusiones de un sueño imposible. Damos prioridad a velar por lo propio, olvidando lo que ocurre a los demás y que también nos afectará. Creemos en la amistad, pero la condicionamos a nuestras conveniencias o a la reciprocidad. Somos rígidos o flexibles, en acuerdo a lo que creemos sea mas oportuno para obtener un beneficio. Todo lo anterior y mucho mas, nos permite reconocer nuestra realidad por medio de las formas propias de las creaturas, pero a diferencia de los otros seres que conocemos y nos acompañan en este planeta, nosotros tenemos un alma que nos permite mantener el contacto con el Amor de Dios. El alma nos permite en el Amor hacernos uno con Dios, nos permite ser al mismo tiempo, persona y

comunidad, y hacernos uno con los demás. Pero si no lo reconocemos oportunamente y vivimos hasta morir como si fuéramos cualquier otra creatura viva e inteligente, pero sin alma, y por lo tanto, no tendremos conciencia de quien realmente somos, ni de lo que realmente si se puede hacer o llegar a hacer. Parecemos la obra maestra de Dios, una que, en vez de aprovechar lo que tiene, decide ignorarlo; en vez de agradecer lo que nos ha sido dado, despreciamos lo que nos vincula con nuestro origen y fin; en vez de vivir para la generosidad del compartir, trabajamos para satisfacer el egoísmo en busca de poseer; en vez de utilizar nuestros poderes o facultades para servir al Amor, los usamos para causar abusos actuando de formas excluyentes que buscan únicamente el propio beneficio. No debe ser sencillo para nuestro Padre ver lo que nosotros, sus hijos e hijas, hacemos con el tiempo, las oportunidades y condiciones que despreciamos, ya que ellas dependen de nosotros mas que de cualquier circunstancia.

La relación estrecha entre el Amor y la Gratitude mantiene otra cara que no podemos omitir, me refiero al riesgo plenamente consciente que implica todo Amor: la ingratitud. Cuando esta ocurre se percibe, se vive y, además, es posible apreciar el sufrimiento que causamos por nuestra insensatez, ya que nadie puede estar satisfecho ni feliz ante la propia ingratitud. Si, el sufrimiento de Dios es real y cada persona dispone de los medios para remediar una situación, al menos parcialmente, actuando por Amor. Y para terminar esta visión tan lamentable, atendamos dos desesperanzas del mundo las que en realidad, son esperanzas: la muerte, ella es la puerta del tiempo que nos permitirá revivir de acuerdo a lo que antes se esperaba de nosotros: lo que intuimos que somos pero que no siempre logramos ser. El gran cambio se produce para la mayoría de nosotros después de la muerte, cuando nos damos cuenta de lo que tuvimos sin aprovecharlo y de que ahora, tendremos una nueva oportunidad si es que voluntaria y libremente la aceptamos.

Parece imposible verlo ahora, pero todo nos hace vislumbrar que, al final, la Voluntad se cumplirá; y lo que fue perfecto desde su origen, se hará realidad en y con nosotros. Y tanto esfuerzo, con su terrible pago en sufrimientos habrá sido el costo para los inocentes que mas Amaron, porque nosotros somos los llamados a ser consuelo, los invitados a participar activamente de las promesas del Amor, si nuestra voluntad lo acepta. ¿Cuándo lo entenderemos? La vida es una oportunidad tan personal, como solo cada ser puede llegar a descubrirlo.